



Francisco Coll, el amor a María y el Rosario¹

Hna. Generosa Somoano, Dominica de la Anunciata

Dos referentes importantes y fundamentales en la vida del P. Francisco Coll hicieron de él un hombre con profundo amor a María y al Rosario. Uno, desde la cuna, en el seno familiar y a los pies de la Virgen del Montgron y otro, como dominico, siguiendo los pasos de Santo Domingo de Guzmán.

Infancia

El P. Coll nace el 18 de mayo de 1812 en Gombrèn, un pequeño pueblo del Pirineo catalán, perteneciente a la diócesis de Vic, provincia de Gerona, de la comarca del Ripollés, rodeada de montañas y de ermitas dedicadas a la Santísima Virgen. Una de estas ermitas es la de Nuestra Señora de Montgron.

Su madre, Magdalena, fue la que se encargó de proyectar en el pequeño Francisco, todos los sentimientos piadosos que ella practicaba, así como el rezo del Santo Rosario. En esos tiempos era corriente la práctica de este rezo en las familias cristianas y solía hacerse al finalizar la jornada de trabajo. Influiría también en su formación espiritual el párroco pues era un gran propagador del Rosario existiendo en la parroquia, ya en ese tiempo, la Cofradía del Rosario.

No es extraño, pues, pensar en las frecuentes subidas a la ermita de la Virgen de Montgron, devoción que le caracterizó hasta el final de su vida, y de la que recibiría la fuerza espiritual para su labor apostólica.

Un nuevo período en su vida: sacerdote dominico

Francisco Coll, a los 10 años toma la decisión de comenzar los estudios que lo llevarán al sacerdocio. Es el comienzo de una nueva etapa en su vida, que seguirá marcada tan vivamente por la devoción a María. Su vida de seminarista la conjuga con la vida familiar que comparte con la familia Coma en la masía de Puigseslloses. Dice su biografía que, “como la familia tenía una capilla dedicada a la Virgen del Rosario, allí dirigía el rezo del Santo Rosario en familia. Los misterios en catalán y la letanía en latín.”

A partir de un momento determinado, en el que alguien le dice, “Tú Coll, debes hacerte dominico”, el P. Coll fue orando y reflexionando en la búsqueda de su entrega al Señor en la Orden de Santo Domingo. No es extraño que pusiera en manos de Dios y de la Santísima Virgen del Rosario, su vocación como dominico haciendo realidad ese momento en el año 1830.

Francisco Coll y el Rosario en las misiones populares

Un verdadero misionero es el que predica fundamentalmente con la vida. Ese es Francisco Coll. El Rosario constituía para él un manantial de oración y pozo de sabiduría, con el que fortalecía las diversas situaciones de sufrimiento y tensión de quienes estaban sufriendo las consecuencias de la guerra.

En los testimonios de quienes declaran sobre la vida de Francisco Coll, se percibe lo intenso y vivo que era su amor a María, plasmado profundamente en la plegaria mariana del Rosario, oración que no cesaba de practicar. Así mismo declaran cómo en su habitación, muy austera, dedicaba tiempo para orar y reflexionar; estando en adoración y silencio antes de iniciar el esquema de sus enseñanzas pastorales, preparándolo postrado anteriormente y orando ante las imágenes de Cristo y de María, por la situación o momento que vivía cada población concreta en la que le correspondía predicar.

Escritos pastorales del P. Coll

El P. Coll para lograr que quedase patente su vocación como predicador mariano, llegó a escribir y publicar, en 1852, una obra muy útil como orientación y devocionario manual en el que el Rosario ocupa una primordial y detallada atención: ***La Hermosa Rosa***. Estaba destinado a fomentar la piedad y enseñar caminos de oración, como modo práctico de encomendarse a Dios al amanecer y al terminar el día. Ya desde la primera

publicación, centra gran parte de ella en la meditación en torno a los dolores de nuestra Madre. ***Escala del Cielo*** es otra segunda obra publicada para ensalzar y presentar nuevamente el Rosario, esta vez como símil de escalera para ascender a la Patria prometida. En ella invita a contemplar la “ciudad amurallada”, por lo mismo difícil de conquistar aparentemente, como si fuere nuestra propia vida llena de envidias, recelos y cómo para superarlo y penetrar al interior nos presenta la escalera más segura y fácil, que es el rezo del Rosario, hecho realidad en la vida concreta de cada persona. Insistiendo en la práctica de esta oración con la seguridad de que María nos adentrará en el Reino.

Rosario perpetuo

Francisco Coll plasmó y desarrolló la idea de organizar y constituir una asociación mariana que denominó ROSARIO PERPETUO con la finalidad de perpetuar los frutos de sus misiones. Este Rosario Viviente lo organizaba con todo detalle y con la idea clara de que María fuese honrada en todo momento buscando el modo de no interrumpir esta oración.

En su biografía se explica cómo organizaba a los cofrades, con el fin de que María fuese alabada sin interrupción durante toda la jornada. “Esta cofradía mariana, el Rosario Perpetuo, consistió en coros de personas asociadas, de modo que a todas las horas del día, uno de los asociados rezase las tres partes del Rosario.”

Rosario viviente

En digno homenaje a otra vital impronta sembrada en el alma de los habitantes de Moió por el P. Coll, es la práctica y extensión de la devoción conocida como ROSARIO VIVIENTE, que todavía perdura hoy y que se va extendiendo y acrecentando por todo el mundo. “Los cofrades del Rosario Viviente, se comprometen a rezar, diariamente, al menos una decena de Avemarías, consideración del misterio que les ha sido señalado. Es una bella forma de plegaria comunitaria... desde un mundo materialista estos miembros del Rosario Viviente elevamos una oración en honor de María Santísima y de los principales misterios de nuestra fe.”

Con esta sencilla oración tan viva y bien organizada, que denominan “Tesoro escondido”, los cofrades del Rosario Viviente saben que son el alma que diariamente ofrenda a María su oración predilecta y teológica. Estos cofrades siguen actualizando la contemplación del misterio de Cristo que se evoca en los diversos niveles de la experiencia humana, fortalecidos por María, corredentora, en esa Pasión y Resurrección.

“La gente de Moió y todos los asociados en el Rosario Viviente hemos de sentirnos responsables de continuar la gran obra de nuestros antepasados. La Iglesia en nuestro tiempo más que nunca, nos recuerda que todos los cristianos hemos de ser apóstoles. Nuestra asociación del Rosario Viviente es obra de apostolado y, formando parte de ella, haremos un bien, en medio de un mundo que necesita ayuda.”